

Históricas Digital

Ana Cecilia Montiel Ontiveros
“Los ‘años dorados de México’
a través de un villano de bronce”
p. 419-432

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo
Álvaro Matute
(editores)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
2009
589 p.
(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)
ISBN-10 970-32-2281-1
ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Los “años dorados de México” a través de un villano de bronce*

ANA CECILIA MONTIEL ONTIVEROS
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

José Fuentes Mares nació el 15 de septiembre de 1918 en Chihuahua. Su padre era español y su madre mexicana. El autor recordaba su infancia sin nostalgia, más bien predominaba en él la memoria de constantes enfermedades con los respectivos y exagerados cuidados maternos. La pubertad y la adolescencia fueron para él, tal vez como para todos nosotros, una etapa difícil. Confiesa en su autobiografía que no fue un estudiante brillante,¹ cosa que definitivamente no tenía que ver con su sobresaliente inteligencia.

Desde joven mostró interés por cuestiones sociales y una despierta conciencia ciudadana. Por esa razón tomó partido en algunos asuntos locales de tinte político. Su “activismo” le valió ser enviado en 1935 a la ciudad de México para estudiar la preparatoria.

Ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria donde cuajó su vocación humanista. Él recordaba con especial aprecio a maestros como José Valenzuela y Romano Muñoz y de entre sus compañeros recordaba también, no con tanto afecto, a José López Portillo y Luis Echeverría. Durante esos años de inquieta juventud, Fuentes Mares vivió intensamente experiencias intelectuales y emocionales que marcaron la actitud con la que entendería su estancia en este mundo. Amó y se decepcionó, leyó y reflexionó con interés y entrega.

Dos años después optó por inscribirse en Filosofía y Letras; su estancia en Mascarones de 5 de la tarde a 10 de la noche fue placentera. Por la mañana estudiaba en la Facultad de Derecho, movido por el interés de dar gusto a sus padres, quienes querían verlo convertido en abogado. Ahí compartió las aulas con Alí Chumacero, José Luis Martínez y Leopoldo Zea, entre otros.

Se convirtió en discípulo de Antonio Caso, a quien agradeció revertir la sentencia de un “maestro” de la primaria que lo había condenado a ser

* Este trabajo se refiere a la obra de José Fuentes Mares, *Miramón, el hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1974, 262 p., ils., retratos (Contrapuntos). Las citas que se indiquen con el número de página entre paréntesis corresponden a la segunda edición, México, Joaquín Mortiz, 1975, 262 p., ils., retratos (Contrapuntos).

¹ José Fuentes Mares, *Intravagario*, México, Grijalbo, 1986, 187 p., ils.

“nada”. Caso, por el contrario, le pronosticó que llegaría lejos. Y así fue, pues José Fuentes Mares tuvo la dicha de haber logrado lo que muchos de nosotros aspiramos: trascender. Fuentes Mares, quien deseaba “dejar de existir primero y dejar de vivir después”,² lo logró gracias a su obra.

En 1944 ya era maestro en Filosofía y catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Un año después, tras un viaje de estudio a Nueva York, contrajo matrimonio con Ema, quien sería su inseparable compañera.

En 1948 viajó a su amada España, la cual fue para él “universidad abierta, enseñanza cotidiana”.³ Fue entonces cuando Fuentes Mares descubrió su misión. “Decisivo viaje a España, del cual volví con un gran quehacer pendiente, destinado a ser mi quehacer fundamental.”⁴

Su quehacer fundamental sería desde entonces desentrañar la identidad nacional valiéndose de la historia. La historia apareció ante sus ojos como el espejo en el que los pueblos se ven. Espejo en el que se asoman las virtudes y los defectos, los aciertos y los errores. Su quehacer fundamental fue, pues, hurgar en el pasado las raíces de nuestro ser, pues ninguna de las dos versiones del pasado que servían comúnmente para explicarnos le convenía: “Se trata de reconstruir nuestra identidad como hombres y como pueblos, fin para el cual no sirve la “hispanidad”, leyenda blanca impuesta durante años en las escuelas franquistas, y menos todavía la leyenda negra de las escuelas hispanoamericanas”.⁵

De ahí en adelante la vida de Fuentes Mares transcurrió dedicándose placenteramente al estudio del pasado nacional. Ideas y proyectos para descifrar el sentido de nuestra historia no dejaron nunca de ocurrírsele. Terminaba uno cuando ya estaba cocinando el próximo. Con una habilidad privilegiada elegía su tema de estudio, lo definía claramente; buscaba (y hasta en algunos casos imaginaba) sus fuentes. Esas fuentes precisas que él deseaba encontrar las estudiaba hasta tener una idea puntual de lo que había pasado, y después... daba rienda suelta a la narración espontánea.

A partir de entonces realizó numerosos viajes, unos de investigación, otros de placer, así como viajes en el espacio y en el tiempo también. Estuvo en archivos importantes de Estados Unidos y de Europa, y vivió varias veces en su adorado Madrid, para regresar a trabajar sus textos en su, no menos adorada, casa de Majalca, Chihuahua. Estuvo en la Conquista, visitó repetidas veces el acalorado siglo XIX mexicano; ahí se bajó en distintas estaciones como en el periodo de Santa Anna y las guerras de Reforma e Intervención. Viajó al lado de liberales y conservadores

² *Ibid.*, p. 184.

³ *Ibid.*, p. 56.

⁴ *Ibid.*, p. 58.

⁵ *Ibid.*, p. 61.

por igual. Conoció Grecia, Turquía, Tierra Santa, Polonia, Alemania y Francia, entre otros lugares. El viaje sin retorno lo emprendió en 1986, a los 68 años de edad.

Norteño de alma y mente libres, espontáneo y generoso, fue un enamorado de la vida. Apasionado por entender a su patria, se cuestionaba su realidad, y le causó singular interés comprender su identidad, la de él y la de todos nosotros, los mexicanos. Fue un hombre fiel a sus opiniones, desligado de cualquier postura que lo comprometiera con ideas que no fueran las propias. Vivió feliz en un México complicado, disfrutando lo disfrutable y denunciando lo vergonzoso. Sin temores ni tapujos se expresó siempre con libertad y soltura. Ahí radica el encanto de sus textos, pues Fuentes Mares no fue el historiador frío, sabio, inmovible, estudiando a seres abstractos, intocables, mitificados por el paso del tiempo.

Inconforme con la versión oficial de la historia de México, se dio a la feroz tarea de ofrecer otra interpretación.

era preciso escribir mucho más, por encima de intereses faccionales, para recuperar cuanto nos arrebataron en la escuela. En la escuela de mi tiempo, después en la del cardenismo con mayor furia todavía, aprendimos a despreciar la historia de los vencedores para adoptar la de los vencidos, con todas sus consecuencias de resentimiento y descastamiento.⁶

Pretendía ofrecer una visión distinta, libre de intereses estatales o de partido político (que en aquel entonces era lo mismo). Quiso dar interpretaciones "independientes" pero que definitivamente contaran con una sólida base de investigación del más alto rigor científico.

En algunas de sus obras, Fuentes Mares se muestra más laxo en cuanto al rigor científico y muy cómodo para dar cauce a sus inquietudes literarias. Es el caso de *Las memorias de Blas Pavón* o *Las mil y una noches mexicanas* que son producto de la mente ágil de nuestro autor.

Pero vayamos situando a *Miramón, el hombre* que es la obra objeto de este estudio. Ésta estelariza ese conjunto de textos de nuestro autor donde la investigación profunda y la interpretación novedosa, aunadas a una excelente prosa, son la nota característica.

José Fuentes Mares fue de esos historiadores interesados por una gran cantidad de temas que tuvieran que ver con la historia *nacional*. Algunos de sus libros abarcan periodos amplios de la misma y otros son monografías de periodos específicos. La historia patria era su "especialización" y, dentro de ella, nada le era ajeno o poco interesante. Sin embargo,

⁶ *Ibid.*, p. 62.

sí tuvo cierta predilección por estudiar concretamente la actuación y personalidad de las figuras destacadas.⁷ Es el caso de Miguel Miramón, hombre que a juicio del autor tuvo la oportunidad de cambiar la historia de México y de figurar entre los héroes vencedores y no entre los vencidos.

Fuentes Mares admira a Miramón como estratega militar, lo comprende como ser humano, le intriga, le llama la atención la férrea convicción con que defendió sus principios, encuentra sus hechos muy congruentes con su pensamiento, con sus principios y así nos lo deja ver en el libro. Le fascina como protagonista de uno de los dos Méxicos que se enfrentaron durante el siglo XIX para dar forma a la nueva nación. Le resulta entonces un personaje muy interesante para ser estudiado.

Sin embargo, la intención no es enaltecerlo, no se trata de esculpir la figura de un héroe al que no se le ha hecho justicia. Se trata de presentar al lector a un ser humano, lleno de carencias y limitaciones, que algún día tuvo en sus manos el poder de orientar la historia hacia otros caminos. El propósito es mostrar los sentimientos, emociones, estados de ánimo, puntos de vista, virtudes y preferencias de Miguel Miramón. Más aún, la intención principal es destruir al villano creado por la historia de bronce, presentar a un hombre que tiene cosas admirables que la historia tradicional no nos ha dejado ver y por lo tanto nos ha impedido aprender de ellas. Se trata de ganar una batalla contra la historia oficial que etiqueta a los buenos y los malos, trayendo con eso más perjuicios que beneficios.

A pesar de todo esto el lector en ocasiones se pregunta si en verdad está ante una biografía, pues Miramón es sólo el medio del que se vale el autor para narrar cómo se desarrolló la lucha que consumió a México durante el siglo XIX, mientras la joven nación definía qué forma quería tener. Miguel Miramón funciona como un buen recurso para estudiar las razones del fracaso conservador y del segundo imperio.

Fuentes Mares comienza la narración cuando se inicia la historia de Miguel Miramón como personaje público; el ascenso de su carrera militar y su arribo al escenario principal de la vida política. Con ello comienzan también dos historias intrínsecas a la que narra la vida de *el Macabeo*, las dos igualmente importantes para la trama del libro. Estas dos historias son lo que sucedió entre 1857 y 1867 y que Fuentes Mares llama "los años dorados de México" y la historia de amor entre Miguel Miramón y Concha Lombardo, su esposa.

⁷ Como puede apreciarse en los siguientes títulos: *Cortés, el hombre*, 1981; *Santa Anna: auro-ra y ocaso de un comediante*, 1956; *Santa Anna, el hombre*, 1962; *Juárez y el imperio*, 1963; *Juárez y los Estados Unidos*, 1960; *Juárez y la república*, 1973; *Juárez y la intervención de los franceses*, 1962; *Juárez: el imperio y la república*, 1965; *Juárez: los Estados Unidos y Europa*, 1983; *...y México se refugió en el desierto. Luis Terrazas: historia y destino*, 1954.

La obra fue ideada desde 1965 cuando, después de escribir cuatro libros sobre Benito Juárez, surgió la inquietud en nuestro historiador. "Me fascinaba la esperanza de una biografía de Miguel Miramón, para seguir con los años dorados de México, mas no contaba con los elementos de primera mano para emprenderla."⁸ Llevaba ya trece libros publicados y el nuevo se antojaba como un reto y un capricho.

Dejó pasar los años hasta que la investigación fuera realizable, pues de escribirlo sería con fuentes documentales de primera mano, ya que repudiaba la idea de "escribir con base en refritos tomados aquí y allí".⁹ Esperó, sin dejar de preguntarse dónde podía conseguir sus fuentes. Años después obtuvo la merecida recompensa, logró obtener el epistolario de Miguel Miramón y las memorias de su esposa Concha Lombardo a través de un amigo, cuyo hermano las había adquirido.

Estudió los textos recientemente conseguidos y anexó lo que le aportaban a los conocimientos previos sobre el personaje. Trabajó en la obra durante un año. Quedó lista en 1973, pero fue publicada hasta el año siguiente por sugerencia de Emma. *Miramón, el hombre* fue para Fuentes Mares objeto de gran orgullo. Quedó más que satisfecho con su trabajo: "Como los ríos dejan en sus lechos la marca superior de su corriente, en Miramón, el hombre agotaba mi capacidad para reconstruir la vida preterita: era el límite de mi competencia. Tenía 55 años, y con *Miramón* 18 libros publicados".¹⁰

Y es que en realidad la obra es una buena pieza de historiografía: bien documentada, pensada y expuesta. Producto de la madurez y creatividad del autor, de una forma muy ensayada de hacer historia y sobre todo de una clara idea de la historia nacional, concebida a lo largo de los años.

Rigor y naturalidad

Desde mi punto de vista, el mayor mérito de *Miramón, el hombre* consiste en presentar de manera libre y espontánea una investigación profunda, basada en un estricto método de recopilación e interpretación de los documentos.

Es comprensible que José Fuentes Mares buscara en las fuentes un sustento firme para su obra. Pues, como deseaba ofrecer una versión de la historia distinta a la que aprendían los niños en las escuelas, era nece-

⁸ José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 88.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 89.

sario argumentarla sólidamente. Así podría resistir el embate de la crítica, pero sobre todo daría credibilidad a su propuesta. No se trataba de inventar o especular sobre el pasado, la intención era aportar algo para entendernos mejor.

De tal forma que una preocupación central de Fuentes Mares, en el caso de esta obra en particular fue contar con documentación original y novedosa, textos que le permitieran decir algo nuevo de *el Macabeo*. Le interesaban los escritos que le permitieran llegar a opiniones primarias para situar adecuadamente el comportamiento de su personaje. Así tanto el epistolario de Miramón —“Cartas de las que surge el hombre real con toda su verdad a cuestras” (p. 153)— como las memorias de su esposa son las fuentes principales de la obra, pero no las únicas. Gracias a ellas, Fuentes Mares descubre la humanidad del general, pues en ellas está impreso su estado de ánimo oscilante, así como el amor por su esposa y sus hijos.

Fuentes Mares enriqueció su investigación consultando otros archivos que le permitieron completar su información, y, como ya he dicho, la búsqueda de datos para libros anteriores también redundó en beneficio de *Miramón, el hombre*.

Es evidente en este texto que las fuentes son para cualquier historiador la materia prima básica de cualquier obra historiográfica. Aquí se demuestra que éstas son las que propician las reflexiones en el historiador, las que despiertan su capacidad de interpretación. Son, pues, las herramientas que permiten reconstruir el pasado y poder decir algo de él con firmeza y convicción. La cantidad y la calidad de las mismas dependen de la voluntad y el interés del historiador. En el caso de *Miramón, el hombre* José Fuentes Mares optó por epistolarios, memorias y documentos oficiales, todos de primera mano. La ardua labor heurística del autor, sin llegar a hacerse explícita en citas y notas abundantes, es sin embargo incuestionable y palpable para el lector. Es decir, el rigor está. Gracias a él se sustenta y conforma la libertad que no se le somete, sino se debe a él.

La libertad del autor es manifiesta desde la elección del tema (pues no es frecuente que se estudien con tal seriedad personajes “secundarios” de la historia). La elección del tema fue producto de un interés absolutamente personal, no está de ninguna manera ligada a políticas institucionales o algo por el estilo. Hay que recordar que él afirma detestar la “historia cocinada oficialmente, cuento para niños que conservan la inocencia y el gusto por aventuras de príncipes encantados” (p. 65). Esta naturalidad queda aún más explícita en la forma de interpretar tanto los hechos como al mismo Miguel Miramón.

Partiendo de la concepción antigua de la historia como maestra de la vida, Fuentes Mares buscó sobre todo, en primer lugar, entender su

presente y, en segundo, aprender de los errores y aciertos pasados como enseñanza práctica para el presente.¹¹ En su obra se muestra atento para percibir y señalar al lector más las continuidades que las rupturas, pues considera que en las primeras está la clave para definir nuestra identidad; entre ellas, la que le parece más importante es la presencia de los Estados Unidos en nuestra historia, por la continua presión que han ejercido sobre el rumbo de los acontecimientos internos. Se nota que el autor encuentra, en algunas cuestiones, al pueblo de México y a los hombres de Estado iguales que a los de un siglo atrás.

Entendió la historia del siglo XIX mexicano como la formación del Estado y, en muchos sentidos, también de la sociedad.

Para nuestro historiador la guerra de los Tres Años y la guerra contra la Intervención Francesa, hasta el triunfo de la República, fueron los años decisivos de la historia de México, pues fue entonces cuando se definió el rumbo político que el país iba a seguir. Durante esos diez años de contienda, México superó cuarenta años de cuartelazos, gracias a una guerra sin cuartel protagonizada por Benito Juárez y Miguel Miramón. Este periodo inauguró una nueva forma de hacer política, evidentemente, también imperfecta.

Fueron años gloriosos, dignos de la historia del arte, según Fuentes Mares, porque "durante tres años lucharon encarnizadamente aquellos jóvenes con vocación para la gloriamuerte. Maravillosos porque creyeron, y porque su vida fue enconada práctica de su fe. Si otro mundo existe, en él vivirán todos ellos orgullosos y fuertes, viriles como hermanos" (p. 99).

Él se asumía como un partidario de los conservadores en el sentido de que prefería volver los ojos hacia España para explicarnos que volverlos hacia los Estados Unidos para proyectarnos. Es decir, entre la disyuntiva tradición-modernidad se promulgaba por la primera. De ahí que el estudio de uno de los caudillos conservadores no sólo le interesara sino que, además, sirvió como medio para analizar cómo fue que el país se fue comprometiendo con ideas progresistas, ajenas a la herencia "tradicionalista", haciendo éstas a un lado. En la obra encontramos también la denuncia, siempre latente, de que los gobiernos estadounidenses han influido fuertemente en el rumbo de la historia de México.

José Fuentes Mares concibe a la historia como la sucesión de hechos, consecuencia de decisiones y actitudes de los hombres. Las circunstancias y el contexto en las explicaciones del autor son importantes, pero lo que es definitivo es el rumbo que los hombres dan a los acontecimientos

¹¹ "Sólo los hombres tenemos historia porque sólo los hombres tenemos conciencia de nuestra experiencia, y voluntad de aprovecharla en el proyecto de futuro." *Ibid.*, p. 137.

con las resoluciones que toman frente a determinado hecho. A diferencia de otros autores, Fuentes Mares considera que ante una misma circunstancia los hombres pueden optar por un sinnúmero de posturas. Es decir, sus explicaciones toman muy en cuenta el contexto y las circunstancias, pero no son éstas las que determinan el sentido del acontecer histórico sino la habilidad del hombre para usarlas en su beneficio. La historia entonces, según el autor, parece como determinada por la ley física de que a toda acción, corresponde una reacción. Le parece como un juego de ajedrez, donde del movimiento de una pieza se deriva como consecuencia del movimiento premeditado e intencionado de otra pieza por el oponente. Sin olvidar nunca que los jugadores son seres humanos. En el concepto de Fuentes Mares, no interviene ningún agente externo, no hay ningún tipo de providencialismo. Toda la odisea del ser humano llamada historia no es más que el producto de las decisiones de determinados individuos.

En el caso de Miramón, el autor encuentra algunas malas decisiones o indecisiones que transformaron el rumbo de la historia. La primera de ellas fue cuando Miramón, en marzo de 1859, resolvió no proseguir en su camino hacia la toma de Veracruz y prefirió rescatar a la ciudad de México del avance de las tropas republicanas. “Se admitirá conmigo, que su falla [la de Miramón] consistió en perder de vista que la batalla de México era nada más un episodio de la guerra en tanto que la captura de Veracruz, y de Juárez y sus ministros por supuesto, era su fin” (p. 47). Si Miramón *hubiera* persistido en su intención de tomar Veracruz, “la historia habría tomado por otros derrotos” (p. 46). Para nuestro historiador la historia es el producto del complejísimo entramado de decisiones varias de distintos individuos que al conjugarse escapan del control de uno solo de ellos.

Tengo para mí que, más que coautor, el hombre es actor de la historia en cuanto capta y expresa el mensaje de su circunstancia, punto en el cual representa papeles secundones o principales, según sea limitado o eminente su genio interpretativo.¹²

Desde este punto de vista tiene sentido explicar la derrota del bando conservador valiéndose del estudio de uno de sus jefes más destacados.

Si bien el contenido de la obra sobrepasa lo referente al personaje y trata profundamente la historia política del momento, considero que el título es correcto, pues Miguel Miramón queda valorado sencillamente como un ser humano, con la habilidad que esto exige de un historiador.

¹² *Ibid.*, p. 139.

Fuentes Mares, sobre este aspecto de su obra, expresó: "Si se me pregunta sobre la justificación del éxito de mis libros, respondo que lo atribuyo al enfoque humano del personaje histórico. En México, pocas veces se enjuicia humanamente al hombre de historia".¹³ Y esto es justo lo que logra en *Miramón, el hombre*, humanizar su objeto de estudio.

El autor pone especial énfasis en describir los vaivenes emocionales y de carácter de Miramón. Nos cuenta a qué debía su fortaleza cuando la tenía y a qué debía su debilidad en los malos momentos. En un balance general, Miramón queda como un hombre voluble, vanidoso, que tenía un sentido del orgullo, que en varias ocasiones fue su perdición; le parece extremadamente indeciso y poco hábil para saber leer las exigencias de los tiempos. Queda también, como un hombre inamovible de sus convicciones, firme siempre cuando de mantenerse fiel a sus principios se trataba. Para nuestro autor la diferencia entre Benito Juárez y Miguel Miramón estriba en que el segundo decidía tarde y mal. Si bien gozaba de compromiso con su causa, le faltaba, algo que Fuentes Mares considera importantísimo: la oportunidad de sus decisiones. Saber, por una especie de intuición política muy aguda, cuándo y cómo atacar, cuándo y cómo retirarse a tiempo (de la arena política, como hoy diríamos, no del campo de batalla que eso sí que lo dominaba).

El buen político y verdadero estratega, para Fuentes Mares, es aquel cuya inteligencia y astucia le permiten ver más allá de las consecuencias inmediatas de sus actos. Intuyen los secretos del oponente y se adelantan a ellos. Miramón, carecía de estas virtudes y, por eso, en la mayoría de los casos, no acertó en sus determinaciones. La diferencia entre vencedores y vencidos está en su capacidad de capitalizar las coyunturas.

El hombre aparece pues, en la obra de Fuentes Mares, en el mejor de los casos como inteligente y en el peor como idiota —para decirlo en sus términos—. Pero en algo coinciden unos y otros, los hombres en la política se mueven por intereses y los del siglo XIX, en particular, se movían por convicciones.

En cuanto a la técnica interpretativa llamó particularmente mi atención que José Fuentes Mares se concede sin mayores restricciones el uso del "hubiera" y del "probablemente...", "seguramente...". No es común que un historiador se permita suponer con tal naturalidad y libertad. Fuentes Mares lo hace basándose en el profundo conocimiento del tema que le permite inferir posibles situaciones que no puede afirmar con certeza. Lo hace, por supuesto, con la respectiva advertencia para el lector, de tal forma que no queda en entredicho su ética. Pongamos un ejemplo: "Es probable que nunca haya pronunciado Miramón tales palabras,

¹³ *Ibid.*, p. 137.

pues no existe ningún indicio de que *el Macabeo* pretendiera coronarse alguna vez, mas es claro también que a fines de 1861 sus planes tendían a engañar a los exiliados por un lado” (p. 112).

Además no abusa del recurso y logra imprimirle a su obra un sabor de frescura y espontaneidad muy agradables para quien se acerque a ella, pues el lector entiende que no está frente a la última palabra de los hechos, que existen cosas que quedan en suspenso y por despejar. Se nota que el historiador se hace presente en el texto sin temores ni reservas, con toda la libertad para proponer alternativas de lo que pudo haber pasado. El historiador asume su papel de narrador de los acontecimientos y no pretende de ninguna manera permanecer al margen.

Es un recurso que le dio muy buenos resultados porque se desprende de los siguientes preceptos:

Ciertamente, cuanto se consigna en documentos es la “verdad histórica” en muchos casos, pero nunca “toda” la verdad. Los seres humanos no solemos “documentar” cada uno de nuestros pasos en el mundo. Más todavía: la mayoría de los actos definitorios de una vida no constan en testimonios documentales por regla general, si bien algunas veces conseguimos determinar la condición humana del sujeto mediante el análisis de su actividad epistolar, digamos. En todo caso, la cara oscura de la luna ha de reconstruirse sobre la base de los hechos históricos fehacientes.

Si la hipótesis vale como instrumento de conocimiento en otras áreas, incluso en las ciencias de la naturaleza, no veo por qué pueda negársele vigencia en el campo de lo histórico, cuya temática central ha sido, es y será, la frágil y sorpresiva naturaleza moral del hombre.¹⁴

Cuando Fuentes Mares supone, lo hace partiendo de aquello que le indican “los hechos fehacientes”, no se trata de especular o inferir en el vacío. Esto es algo que puede hacer quien domina la técnica del rigor metodológico, quien ha pasado años en los archivos contrastando y cotejando las versiones que ofrecen distintos documentos y la autenticidad de los mismos.

Aunado a esto, el autor hace uso del poder de los historiadores de conocer el futuro de los hechos que narran. Se comporta como el director de teatro que sabe el desarrollo de la escena y está al tanto de lo que hay tras bambalinas. Disfruta describir la disposición del personaje y no repara en catalogarlo. Totalmente desinhibido, sin ninguna cautela expresa lo que piensa respecto de ellos. No hay ningún tipo de autocensura

¹⁴ *Ibid.*, p. 177 y 179.

en Fuentes Mares, él es el autor, él es el que sabe del tema, él es el que está escribiendo el libro, por qué razón habría de callar sus opiniones. Así que se atreve a juzgar a los personajes, a evidenciar sus defectos sin preocupación, a emocionarse, compadecerse o hasta enojarse. Se permite ser visceral en sus expresiones: si algo lo conmueve, se nota; si algo lo indigna, se nota.

Asimismo, a lo largo del texto el autor introduce en la narración de los hechos algunas reflexiones sobre la vida, la guerra, la mujer y la lealtad, así como la muerte, entre otras cosas. Esto como un plus que el autor ofrece a sus lectores, aprovechando que es él quien tiene la palabra. Fuentes Mares no se calla; por el contrario se expresa, en el más amplio sentido de la palabra. Por eso *Miramón, el hombre* es mucho más que una biografía.

Nuestro autor concibió la escritura de la historia como "el quehacer subjetivo sobre materiales objetivos, intento personal de recrear lo pretérito".¹⁵ Él, el historiador, en su obra nunca intentó ocultarse; por el contrario, se hace presente en cada una de sus afirmaciones, movido por el asombro que le producen los hechos pasados, pues considera al asombro como la herramienta principal para poder escribir historia. Por tal razón, dice las cosas como las percibe, sin adornarlas ni disfrazarlas con sutilezas. Interpreta los hechos históricos como se hace con los asuntos de la vida cotidiana, sin darle más vueltas que las necesarias.

Esta actitud interpretativa redundante en la amenidad del texto. Por eso es un texto de tan agradable lectura, alejado de las obras históricas secas, insípidas como un cúmulo de datos y nada más.

Sin embargo, lo que hace al libro tan atractivo es, definitivamente, la expresión, ésta es a mi juicio la mayor virtud de la obra. Por ejemplo, usa los diálogos obtenidos de las memorias y de las cartas, poniendo voz a los personajes. Así, facilita la lectura y sobre todo la capacidad del lector para reconstruir el pasado con la imaginación. Acerca los personajes al lector, y con el diálogo los dota de voz, carácter y presencia en el relato.

El libro está dividido en seis capítulos con distinto número de incisos cada uno. La secuencia de la obra es narrativa y no analítica, los títulos y subtítulos son de estilo novelesco y tienen la virtud de intrigar al lector.

El discurso sigue una perfecta secuencia lógica, interesante, atrayente, que atrapa al lector, como si se tratara de una lectura literaria. El relato inicia cuando Miramón se convierte en figura pública. Comienza de hecho, de una forma muy inteligente pues el autor narra cómo y bajo qué circunstancias se conocieron Concha y Miguel, a propósito de lo cual

¹⁵ *Ibid.*, p. 137.

hace una breve disertación sobre el amor. Así, la primera impresión para el lector es sumamente agradable, pues se da cuenta de que no está frente a un volumen aburrido, compendio de nombres y fechas. Aquí la historia tiene los protagonistas de un cuento o una novela: un hombre y una mujer que se enamoran.

De ahí en adelante el autor combina la historia personal de Miguel Miramón con la historia del fracaso de la lucha conservadora y del segundo imperio. Su estilo ayuda a ver las cosas con despreocupación y desenfado, el autor propone a la historia, a través del lenguaje, como un anecdotario donde junto a las decisiones trascendentes están los pequeños detalles de la vida.

De tal forma que el lector percibe cómo la historia, los hechos de ayer, los grandes acontecimientos que le dieron forma a nuestro presente, se acompañaron con hechos cotidianos e insignificantes. Incluso la narración de los sucesos militares, normalmente aburrida y cansada, Fuentes Mares la hace de tal manera que no se hace pesada. Están presentes el destino y el azar como elementos de la vida y de la historia. Narra cómo intervienen enfermedades u otro tipo de imponderables en los acontecimientos humanos. Así que el lector no se siente en presencia de elaboradas interpretaciones, simplemente se está ante la narración de acontecimientos pasados, que en la pluma de Fuentes Mares no causan angustias ni incomodidades al leerlos, por serios que sean. El mexicano que se aproxime a ellos no percibe la sensación de estar cargando con un pasado gravoso. La expresión del autor despoja a los hechos de su magnitud, los presenta como decisiones momentáneas cuyas repercusiones sí son lo importante y trascendente.

El estilo de Fuentes Mares es absolutamente coloquial, al leerlo parece que se está escuchando la sabrosa plática de un abuelo. Con dichos y refranes, expresiones jocosas y frases poéticas, los datos precisos, las abundantes fuentes consultadas y la interpretación rigurosa llegan hasta el lector despojados de solemnidad, es decir se presentan de manera muy natural. A nuestro historiador no le interesa mantener un tono serio y formal que suene docto y académico. Él escribe para otro público, el que lo leyó y agotó sus ediciones.

La ironía es el tropo maestro del que se vale el autor para dejar ver cuando algo le parece absurdo o criticable. Espléndidamente usado por el autor, contribuye a tratar a los personajes como mortales comunes y no como héroes fabricados o crueles villanos. Véase el tono de la siguiente frase: "En un gesto inesperado Miramón tendía su mano a Juárez, y Juárez la aceptaba. Nada menos que un milagro para el observador superficial: la renuncia de dos almas grandes a sus viejos enconos en aras de un solo objetivo patriótico. Un derroche de virtudes, digno de figurar

en los anales clásicos. Y sin embargo..."¹⁶ Usando la ironía el autor se pone al nivel de Miramón, Maximiliano o Bazaine; los tutea, bromea con ellos y hasta los exhibe.

El historiador que lee a Fuentes Mares aprende que es con palabras como dotamos de personalidad y vida a los hombres del pasado. Y cualquier otra persona que se acerque a *Miramón, el hombre*, además de enterarse del personaje y el periodo histórico, pasa un rato agradable.

Éstas son pues las virtudes de *Miramón, el hombre* que le valen ser considerada una importante pieza de la historiografía mexicana del siglo XX. Éstas son las virtudes de José Fuentes Mares como historiador, que le valieron lograr lo que muchos aspiramos y otros simplemente envidian; que sus obras se leyeran, sus ediciones se agotaran y reimprimieran. Nuestro autor tuvo la dicha de despertar en muchos mexicanos el interés por la historia y de recuperar para ésta la idea de que es un conocimiento que no sólo instruye, sino además divierte.

¹⁶ Véase el tono de la siguiente frase: "En un gesto inesperado Miramón tendía su mano a Juárez, y Juárez la aceptaba. Nada menos que un milagro para el observador superficial: la renuncia de dos almas grandes a sus viejos enconos, en aras de un solo objetivo patriótico. Un derroche de virtudes, digno de figurar en los anales clásicos. Y sin embargo...", *Miramón, el hombre*, p. 150.

